

CAPÍTULO I MUERTE

[...] *Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta [...]*

Miguel Hernández
El niño yuntero

Un gemido mudo resuena en mi cabeza, estalla en mi corazón. Dolor. Siento dolor en los oídos y en las manos. Sangre. Noto el amargo sabor de la sangre en la boca.

Suena otra vez ese aullido sordo que ahora se hace descifráble: «¡Mamá, mamá, mamá! ¡Nooo!».

Noto cómo mi cuerpo va recuperando movimiento y sensibilidad. Siento los arañazos de mi hermano Toñito en la espalda. Recibo su abrazo violento. Escucho su llanto desgarrado y descifro sus palabras reiterativas.

Mi hermano se abraza ahora a *la mamá*. Su cuerpo está inerte y frío. Su esencia no habita bajo su piel. Libre, por fin era libre.

Nunca olvidaré ese momento, quedó grabado a fuego en el alma.



Hacia tan solo unos minutos que Toñito y yo regresábamos del patatal.

- Una carrera, Pepo, ¡vamos!
- ¡Te voy a ganar, enano!
- No, ¡gano yo!

—¡Corre, corre!

Le dejé ganar distancia, le gustaba sentirse vencedor. Es por lo menos dos años menor que yo, pero siempre quiere igualarme en todo.

Habíamos pasado la tarde entera trabajando con padre. Nos prometió unas luas¹ si cargábamos tres canastos. Uno, dos, tres, cuatro..., hasta diez cargué yo, igual que un hombre. Toñito era débil, pero, por supuesto, quería cargar tantos como yo. Con un poco de ayuda llenó cinco. Eso era mucho para un niño de ocho años.

Llamamos a padre para que viera nuestro trabajo. Ahora estaba contento; ya no tenía el gesto amargo, la vena del cuello hinchada ni esas palabras feas en la boca: «¡Zorra, puta colgada, te has vuelto a meter...!». Gritos, golpes en las paredes, miedo. Nos daba mucho miedo.

La mama se quedó en la furgoneta. Apenas podía moverse. Encogida sobre el jergón parecía un animalillo pequeño y manso. El dolor se reflejaba en sus ojos y en el gesto de su boca.

—¡Vamos al patatal, padre!, Ya tengo diez años y soy muy fuerte, cosecharé por dos, *la mama* necesita descansar.

Al final padre cedió. Nos marchamos al campo.

Paso a paso fuimos dejando atrás los gritos y el miedo. A medida que nos íbamos acercando al patatal se oían las voces alegres de nuestra gente. Sentimos cómo nos invadía un bienestar, una especie de calor que entonaba el ánimo.

Con las manos, agrietadas y sucias, mucho más grandes de lo que correspondía al cuerpo, arranqué patatas al ritmo de adulto.

Mientras miro las manos, acuden a la memoria momentos de mi infancia, ya tan lejanos... Recuerdo la playa de Alfira. Toñito y yo fuimos con *la mama* a jugar con las olas del mar. Las saltábamos y buceábamos. A veces ellas nos balanceaban hasta hacernos caer,

1 Lua. Peseta

después nos dejábamos engullir y volvíamos a empezar. Nos daba muchísima risa. Con *la mama* siempre estábamos riendo.

Un niño *payo* no dejaba de mirarnos desde la playa, Estoy seguro de que tenía miedo a meterse en el agua. Llevaba puesto un pantaloncito de peces azules y una gorra de la misma tela; iba muy bonito, pero no estaba mojado. Apoyó en la arena un cubo de plástico reluciente de puro nuevo, de donde sacó una pala y un rastrillo. Me acerqué a él.

—¿Quieres venir a jugar con las olas? —le pregunté.

—No. Estoy construyendo un castillo de caballero medieval. Ahora voy a cavar un foso muy hondo muy hondo...

—Yo también quiero hacer el foso. ¡Mira que manos más grandes tengo!, puedo hacer un hoyo gigante con ellas. Nos pusimos a excavar entre risas y salpicaduras de agua y arena. Hicimos un foso enorme donde cabíamos los dos.

Sin darnos cuenta la marea empezó a subir. Una ola golpeó el castillo e inundó nuestro foso.

La fortaleza de arena empezó a tambalearse primero, después a expandirse y, al final terminó fundiéndose con la playa. Allí quedó sepultada por completo. Con un grito potente, que casi me taladra los oídos, el niño empezó a berrear y patelear.

Un hombre, en el que no me había fijado porque estaba sentado en la terraza del bar bajo un parasol, tiró al suelo el periódico que tenía en las manos, saltó de su silla y corriendo como un galgo se plantó en pocos segundos ante nosotros. ¡Zas! El impacto de su mano en mi cara sonó más fuerte que el rugido del mar.

—¡Gregorio! —le dijo al niño—. ¡Te tengo dicho que no te acerques a esta chusma! ¡Sucio gitano de mieeerda!

El señor y su hijo se alejaron deprisa, abandonándome en la orilla como si fuera un desecho marino; eso me dolió mucho más que la bofetada que acababa de recibir.

Permanecí inmóvil en la orilla de la playa, dejándome lamer por las ondas marinas mientras unos lagrimones enormes resbalaban por las mejillas resquemadas por el sol.

—¡Pepo, Pepo!, mi amor, ¿qué te pasa? Levanta, tesoro, está subiendo la marea, te vas a ahogar. ¡Mira qué cara tienes más *colorá!* Me levanté y eché a andar siguiendo a mi familia de forma instintiva.

Padre decía: «Sinar caló sinela un pochibo»² —Hay que sentirse orgulloso de la raza gitana—. Él siempre tenía razón... ¿o no? El golpe recibido de la mano del *payo* me ubicó por primera vez en una realidad que hasta entonces no había advertido.



—¡Toño, Toñito!, *la mama* descansa. No grites, cálmate. —Le agarré de la mano y saltamos de la furgoneta. Juntos comenzamos a desandar el camino. Íbamos temblando y tropezando a cada paso. Toñito no volvió a gritar más, ni tampoco a hablar. Durante los tres días que duró el sepelio no abrió la boca. Pensé que se me había quedado mudo para siempre.

Padre, al ver que regresábamos al patatal sintió que había pasado lo peor. Con una voz que sonó metálica como un trueno maldijo su mala fortuna.

Los *compadres* que trabajaban con él tiraron ganchos y hoces y allí quedaron abandonados sobre el patatal para siempre.

La confusión y el dolor invadieron el ambiente, hasta que en determinado momento del propio caos brotó el raciocinio. Sin mediar palabra los adultos distribuyeron tareas medidas y coordinadas. Parece que actuaran guiados por un código oculto.

Antes de darnos cuenta, ya nos encontrábamos tumbados en los jergones del viejo furgón del tío Raimundo. Arropados por la tata Angustias, nos abandonamos al balanceo de su cuerpo y al

2 Sinar caló sinela un pochibo. Orgullo de ser gitano

arrullo de su voz susurrante cantando la *Nana del galapaguito*. Caímos dormidos al instante.

Un frenazo brusco nos despertó. No sabíamos qué había pasado hasta que el tío Raimundo comenzó a bramar una retahíla interminable de maldiciones. Nos encontrábamos circulando por un estrecho camino que atravesaba un valle arbolado que nos guiaba hacia las montañas. Un pequeño rebaño de vacas montañosas cruzaba la senda con total tranquilidad dirigiéndose al pasto. Los animales miraron al tío Raimundo con caras anodinas y continuaron su camino con idéntica parsimonia.

Pegué la cara a la ventana y contemplé el bosque. ¡Qué hermosura! Mi alma perturbada capturó un instante de paz.

—Ven, Toñito, ¡*díquela les vaques*!³!

Toñito no quiso mirarlas. Permaneció cabizbajo y en silencio. Me sentí contagiado del desánimo que le dominaba. *La tata* nos abrazó con ternura. Continuamos los tres juntos, callados y tristes durante las casi dos horas que tardamos en llegar a nuestro destino: el cementerio de una pequeña aldea asturiana donde nació *la mama* y ahora permanecerá para siempre.

El viejo camposanto protegido por un murito de oscura piedra y custodiado por un enorme tejo centenario, casi siempre solitario estaría tres días acompañado de gitanos de todas las partes del país, incluso de Francia que venían para honrar a mi familia.

Un grupo de mujeres amortajaron a mi madre, la vistieron con cinco enaguas —cinco, como arquetipo numérico del *Viajero* para facilitar su paso a la otra vida—.

De vez en cuando sonaban voces agudas entonando llantos sin lágrimas, que atormentaban más los oídos que el corazón. Varias mujeres comenzaron a cantar al unísono la triste seguriya plañidera, que también habíamos escuchado en el reciente entierro del abuelo.

*Cuando yo me muera
mira que te encargo:
que con la cinta de tu pelo negro
me amarres las manos...*

Los hombres montaron un asentamiento con furgones y tiendas de campaña en un santiamén. Encendieron varios fuegos. La mayoría de los presentes nos sentamos formando un gran círculo alrededor. Allí permanecemos hasta bien entrada la noche recordando las virtudes y los buenos momentos de Ángela, *la mama*.

Mi hermano y yo nos fuimos a dormir. Los adultos organizaron turnos para velar su cuerpo durante toda la noche.

Dos días más tarde, Toño y yo, con Angustias pisándonos los talones, encabezábamos el cortejo fúnebre. Caminamos hacia el hueco recién excavado donde quedaría sepultada nuestra madre para siempre.

Padre apenas había dormido. Entró en el camposanto al alba. Allí continuó hasta la hora del entierro; de pie junto al agujero. Su semblante altivo había desaparecido. Solo quedaba un cuerpo encorvado, sin energía. Tenía los ojos enrojecidos, el pelo revuelto, la ropa, rigurosamente negra, se veía descuidada y llevaba la cara sin rasurar. El luto exterior había comenzado. En su mano derecha sostenía una rama de haya, el árbol preferido de *la mama*, y cuando llegó el cortejo fúnebre la colocó sobre el ataúd.

El párroco comenzó a leer una oración de despedida terrenal: «Oh Jesús, único consuelo en las horas eternas del dolor, único sostén en el vacío inmenso que la muerte causa entre los seres queridos...». En ese instante, Toñito echó a correr hacia la salida del cementerio rápido como una liebre. Yo salí de forma precipitada detrás de él. Lo alcancé, con dificultad, ya estaba adentrándose en el bosque. Me habló tan solo con la mirada.

—Yo tampoco quiero verlo —le dije.

Empezamos a andar sin rumbo, cada uno sumido en sus infantiles pensamientos. No sé calcular el tiempo, pero es probable que

deambuláramos durante más de una hora. Cuando regresamos ya estaban desmontando el campamento. Nadie nos recriminó la huida, respetaban nuestro dolor.

Buscamos a padre con la mirada. No estaba. Angustias nos leyó el pensamiento.

—Sigue en el cementerio.

No lo pensamos, echamos a correr para llegar cuanto antes a su lado.

Desde lejos vimos su silueta arrodillada frente a la sencilla tumba, que constaba de una cruz de madera con una pequeña leyenda y un montón de tierra cubriendo el ataúd.

—¡Padre!, los demás ya se van. —No contestó.

—*Papa*, ¿qué dicen esas letras? —preguntó Toñito—. Era la primera vez que hablaba desde que regresamos del patatal.

Con una lectura lenta y silábica fue descifrando la frase:

—«*Viii-vi-rás en la me-moo-ria y en el coo-raa-zón de tuu quee-ri-do es-po-so Saa-muu-eel y de tuss hi-joss Jo-sé Raa-m-oon y Jee-sús Ann-toniii-o. 19 de jun-nii-o de 1986*».

—¡Qué bonito, *papa*! —dijo Toño de corazón.

Este lo miró con ternura, hasta dibujó una sonrisa. Nos abrazó a los dos y juntos abandonamos el camposanto dando los primeros pasos hacia una senda diferente que había elegido el destino.



No me gusta desenterrar estos recuerdos, siempre muerden mi alma, ablandan mi cuerpo, me provocan el llanto..., pero han despertado ellos solos, de forma impulsiva. No los puedo frenar.

Empiezo a marearme. Estoy perdiendo mucha sangre. Me he taponado la herida de bala con musgo para que cicatrice y no se infecte, tal y como me enseñó la abuela Dolores. Creo que este remedio no está dando resultado. Me recuesto. Estoy cansado, muy cansado. De nuevo empiezo a dormitar.